

fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano, el famoso Juan Andrea de Oria; y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de unos alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano, que, *aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece*; y así se dice, que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traído vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar de Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman *poesia*. Dígolo, porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron; y, antes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno *A la Goleta*, y el otro *Al Fuerte*; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre." En el punto que el cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron; y, cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: "Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho.—Lo que sé es, respondió el cautivo, que, al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de arnaut, con un griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año ví yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.—Pues no fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado, y con tres hijos.—¡Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo! porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida.—Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo.—Dígalos, pues, vuesa merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo.—Que me place, respondió el caballero; y el de la *Goleta* decia así:

CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

ALMAS dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrastes,
Desde la baja tierra os levantastes
Á lo mas alto y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,
Que en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino, y arenoso suelo.
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal triste caida,
Entré el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.—

Desa misma manera le sé yo, dijo el cautivo.—Pues el del *Fuerte*, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
 Destos torreones por el suelo echados,
 Las almas santas de tres mil soldados
 Subieron vivas á mejor morada:
 Siendo primero en vano ejercitada
 La fuerza de sus brazos esforzados,
 Hasta que al fin, de pocos y cansados,
 Dieron la vida al filo de la espada.
 Y este es el suelo, que continuo ha sido
 De mil memorias lamentables lleno
 En los pasados siglos y presentes:
 Mas no mas justas de su duro seno
 Habrán al claro cielo almas subido,
 Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes."

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron; y prosiguiendo su cuento, dijo: "Rendidos pues, la Goleta y el fuerte, los turcos dieron orden en dismantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo qué poner por tierra, y, para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que habia quedado en pié, de la fortificacion nueva que habia hecho *El Fratin*, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla, triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo El Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es, porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que deciden de la casa otomana, y los demás, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor, catorce años, y, á mas de los treinta y cuatro de su edad, renegó, de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofetón, y, por poderse vengar, dejó su fe; y fué tanto su valor, que, sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales,

despues de su muerte, se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe á un renegado veneciano, que, siendo grumete de una nave, le cautivó El Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los mas regalados garzones suyos; y él vino á ser el mas cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábase Azanagá, y llegó á ser muy rico, y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla, algo contento, por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y, cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondía el suceso á la intencion, luego, sin abandonarme, fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenía la vida, encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey, como de algunos particulares, y los que llaman del *almacen*, que es como decir *cautivos del concejo*, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace, y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que, como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quién tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma sino es cuando se tarda su rescate, que entonces, por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate, que, como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y, aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver á cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala